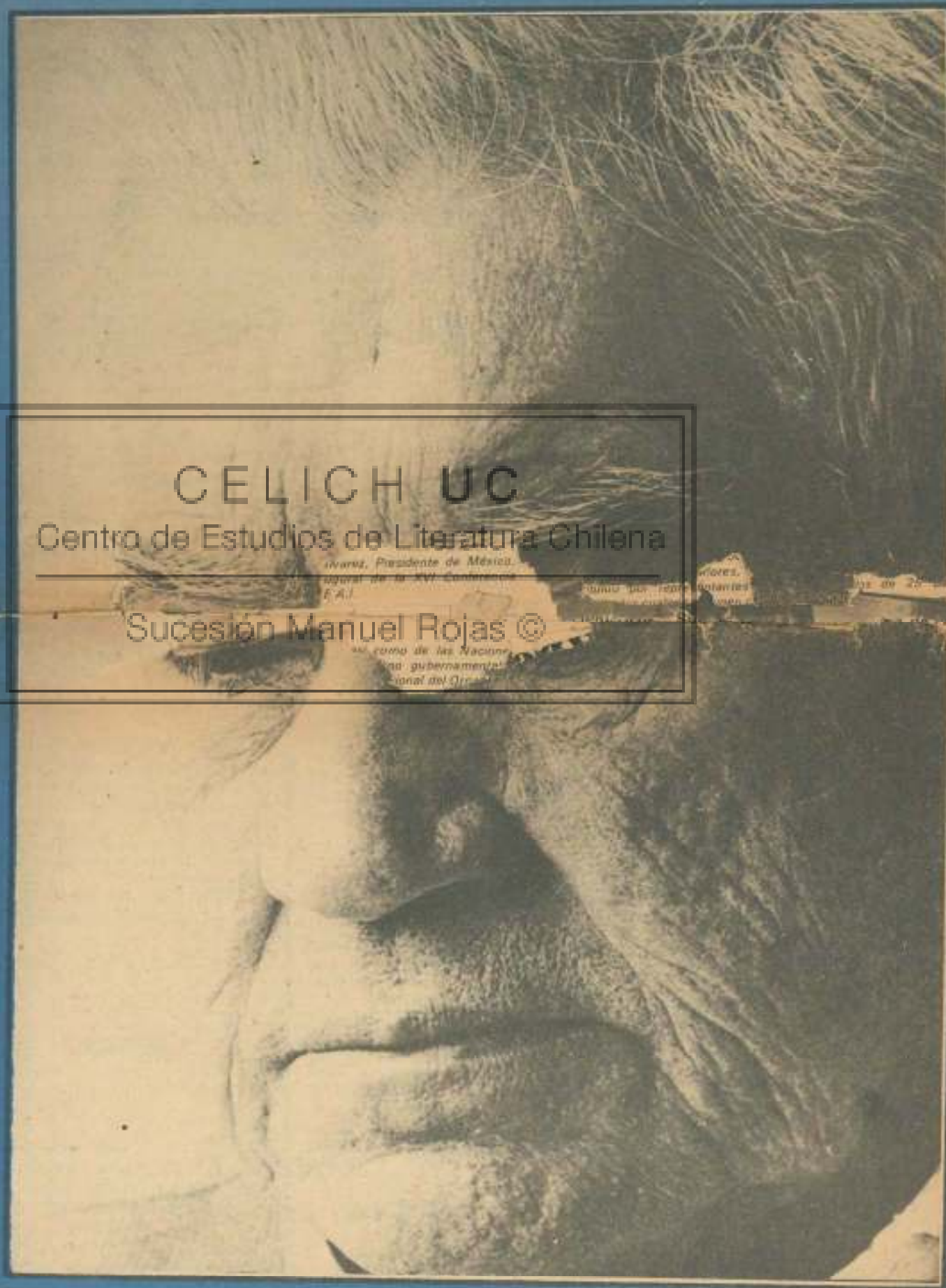


MANUEL ROJAS:

# UNA VIDA AMARGA GOZOSAMENTE VIVIDA



CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©



la  
nación  
dominical

Domingo, 18 de marzo de 1973

"Su pérdida es un hondo pesar, porque todos los chilenos perdemos a uno de los grandes valores intelectuales y a un gran valor moral. Y yo a un entrañable amigo".

SALVADOR ALLENDE

# DON MANUEL

Por RICARDO NAVIA



CONOCI, en una de las tantas reuniones de escritores, a Manuel Rojas. Después de algunos años, cuando yo vivía en Buenos Aires, un día, por uno de esos barnos porteños divisé su alta figura. Me acerqué para saludarlo, apenas me ubicaba

—“Usted es chileno”, me preguntó.

Me presenté nuevamente. Le recordé uno de los libros que le entregué y nuevamente me interrogó.

—“¿Qué hace acá?”

Interesado en mi problemática, en forma amistosa, paternal si se quiere, se ofreció para ayudarme a que me integrara a aquella sociedad. Luego me invitó:

—“Por la tarde tengo que dar una charla en un centro cristiano ¿Quiere ir? Después iremos a cenar a cualquier parte”

Llegada la hora, estuve en el centro de cultura que le extendió la invitación. Era una charla sobre su obra con un foro al final, en el que preguntaban a Manuel Rojas las más diversas cosas y él, como siempre, respondía parsimoniosamente. De pronto, alguien dijo:

—Usted, que nació en Argentina, ¿se siente chileno o argentino?”

Don Manuel serenamente, guardó silencio, con una de sus manos en el bolsillo del saco. Luego, con movimientos lentos, con la otra mano, golpeaba con un lápiz el pupitre, en seguida dijo esto:

—“Nací aquí cerca — levantó la mano, como señalando un lugar —, en Caballito. Allí se desarrolló mi infancia. Nunca lo olvidaré. Paso por esas calles, siempre que vengo a Buenos Aires. Nunca dejo de pasar por allí. Me traen un sabor extraño. Soy argentino, como pueden ver. Hizo una nueva pausa y sacó la otra mano del bolsillo, en la que tenía una piedra que jugaba entre sus dedos”

—“Pero cuando salgo de Chile, cuando voy a otros países, me gusta lle-

var un recuerdo, llevar conmigo un poco de mi tierra, la tierra chilena. Esta piedrecita la recogí en las cercanías de Chillán. Nunca quiero perder el contacto con lo que es mío y ahora la traigo para estar cerca, para tener entre mis manos algo de Chile. Como ustedes, ven, soy chileno”

Así terminó aquel memorable foro, con esta última frase dicha sonriendo. Y esa sonrisa nunca la he podido olvidar.

Por la noche estuvimos con Bernardo Kordon, gran admirador de Chile, casado con chilena, formado periodísticamente en la revista Ercilla. Conversamos de todo, de la influencia hebrea en Chile y América Latina, uno de nuestros temas predilectos, de literatura, pero, más que nada, de los personajes que se mueven alrededor de los centros donde pululan los escritores, por si se les “pegara” aquello de escribir. Entre los planes que nos contó (corría el año 60, más o menos) era el de producir una obra sobre el

llamado “Cono Sur”. La vida de ciertos chilenos que viven en este sector y vagan de un lado a otro, yendo desde Río de Janeiro, a través de Montevideo, hacia Buenos Aires, Mendoza, Santiago. Era lo comenzado con “Hijo de Ladrón” y esta obra que lleva el título de las primeras novelas sudamericanas, siempre ha sido la más alta interpretación de un mundo poco relatado, el de los chilenos o de otras nacionalidades, que llevan una vida de vagabundo. Este libro se llama “Cono Sur”. Fue también el tema de una obra de otra chilena avencijada en Argentina Iverna Codina “Detrás del Grito”, y es la continuación de “El Huésped”, de Margarita Aguirre con el título “El Residente”

Este artículo no es un análisis literario, es solamente un recuerdo, el deseo de dar la imagen de un hombre, su aspecto humano, su gran poder de captación de las realidades humanas. A Manuel Rojas ningún tema le era extraño y siempre conversaba parsimoniosamente, sin agresividad. Si el tema no le interesaba, pronto se marchaba.

Y así se nos ha marchado ahora, quizás adonde. No podemos decir “para siempre”. Son palabras demasiado graves. Quizás si nos situamos en la bahía, en medio de la noche, al costado de una lancha y gritamos a todo pulmón haciendo bocina con las manos:

—¡Guachimán de la W!

Posiblemente venga otra lancha con un hombre alto, con su figura semi desdibujada dentro de la neblina, remando lentamente y me diga un poco asombrado, igual que en la novela:

—¿Qué pasa?...

Y nos quedamos sin responderle en nuestra soledad, mientras don Manuel se aleja remando por el mar que, en ese instante, se nos antoja como un río, el Aqueronte, remando en medio de la noche hacia la otra orilla. Pero no podemos menos de volver a poner las manos como bocina y nuestro grito vuelve a sonar:

—¡Guachimán de la W!

Pero ya nadie responde.



“QUIERO que el gigante -sonría- a mi lado” Y el gigante sonrió a Olga Arrau.

## MANUEL ROJAS: UNA VIDA A GOZOSAMENTE

...ME IMAGINABO muerto. La palabra es dura, mentirosa. No puede ser. Duele más, mucho más, porque no puede llegar hasta su lado y decirle con un gesto, siquiera, cuánto lo admiraba. Digo con un gesto, porque siempre noté que tenía las palabras de otros. Pero es que tuve algunas en las que él sintió mi incommovible lealtad y admiración por su vida de escritor y de hombre.

No era un hombre para morir. Así quiero sentirlo y recrearlo en sus mejores momentos, aquellas charlas — que por casualidad o invitación de González Vera — pude disfrutar en el hoy demolido Café “Asteria”, junto a ese grupo inevitable que tanto me enseñó: González Vera, Manuel Rojas, Enrique Espinoza y Mauricio Amster. Alguna de ellas recordará a aquella muchacha tímida que los escuchaba fascinada ante ese mundo nuevo que mostraban y en el que ella se sentía hermana en la rebeldía que marcaban sus espíritus que, en esos momentos, atimaban a

Rememoré “anarquistas”. Yo, aún conocía muy poco de todo, encerrada en mi pequeño número de zapato de mujer — limitada por la época. Tenían razón, pero no me atreví a decirlo. Hoy ya tengo la valentía de los años vividos, de la mirada que he dado sobre los hombres y de los desencuentros que entregan tantos que se llaman luchadores sociales. Este Grupo era de una franqueza y desinterés jamás visto.

Manuel Rojas permanecía mucho tiempo fuera del país. De repente se le veía en las calles santiaguinas caminando con sus largos pasos, lentos y que, ahora, intento crear que prosiguen su marcha por otros países y calles, con esos mismos pasos, con ese recuerdo y la y luego que da la lejanía a la que no queremos darle otro nombre. Nada rompió ese grupo de amistad de toda la vida: sólo se alejaban cuando las imprevisibles aconteceras daban del escritor, lo hacían saltar de un país a otro, por encima del mar o de las nubes. Reflexo, en estos momentos de pena, el libro de Enrique Espinoza quiero decir con él, parte de la Epístola a Manuel Rojas: “Incipiente campeón de la vagancia — tú me precedes en el viaje a Chile — montado en mula sin mayo? prestancia. En muchas lenguas tu obra ahora existe, rodeado está tu nombre de aureo halo: — pero no dejas de sentirte triste”.

### FRENTE A FRENTE CON EL ESCRITOR

En 1957 Manuel Rojas obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Diarios y revistas, escritores, hombres de todas partes, sin tener la alegría de un galardón. Se comentaba “El Vaso de Leche” con lágrimas en el recuerdo de su lectura. Lo llamó tímidamente, porque lo sabía asediado de periodistas, etc. Me respondió invitándome a su casa. Le recuerdo. Era un Providencia, en esa barrio de flores y sol. El chalet que habitaba me parecía rodeado de quietud, de tanto silencio que se me antojó no cuadraba con la vida azarosa del escritor. Lo saludé con gran afecto y con la felicidad que produce el encuentro con el autor de libros que leí, bebiéndolos, a veces con lágrimas, otras, con admiración, por esas vidas que trataban un contra del destino. Toda su obra era la vida que conoció Manuel Rojas. La vivió así. Sin protestas, con la mirada en alto, sin desfallecer. En él, en sus personajes (Aniceto Hevia el “Hijo de Ladrón”) está la fe, la exaltación gozosa de la vida, la esperanza y la fuerza poderosa de la juventud que no se doblaba ante los golpes maternales, tienen ojos y corazón que saben mirar las estrellas y sentir el viento cálido de los sentimientos humanos. Fue una vida. Manuel Rojas y Aniceto Hevia. Este libro es su obra. En ella se mezclan hábilmente su vida y



SE HA DICHO que Manuel Rojas desempeña los más disímiles trabajos, pero hay uno que no ha sido señalado en las crónicas. El novelista fue también actor de cine. En la película muda, rodada con los medios rudimentarios de que disponía un criollo bello, protagonizó a un hombre cordillerano, muy parecido a los personajes que figuran en sus obras. La foto corresponde a una escena de “La calle del ensueño”.

Por OLGA ARRATIA

La mayor parte de "Hijo de ladrón" es autobiográfica. Para él, el tiempo y el hambre no fueron trabas para seguir vagando, husmeando consciente el rico material que vació en sus obras.

Consideraba "La Ciudad de los Césares" su peor vergüenza, pese a que una universidad de Estados Unidos la adoptó para la enseñanza del español.



EL VIAJE último del hombre que recorrió todos los caminos en busca de sus personajes (en humeros)

## MANUEL Y BENJAMIN

¿QUE LES UNIO, al final, la vida o la muerte? Manuel Rojas existió en intensidad, como obedeciendo a Malraux, para trasladarla, enseguida, a la literatura. Pero no fue un "literato", esto es, un hombre entintado hasta los tuétanos. Fue un hombre que, primeramente, vivió y luego, lo contó, henchido de realidad y gracia varonil. Benjamín Subercaseaux fue escritor en pleno de todas sus potencias.

Si Manuel Rojas se preparó en los caminos, al aire libre, navegando con la Cordillera y con los puertos, Benjamín Subercaseaux frecuentó bibliotecas y laboratorios con el fervor de un leigres.

Rojas portaba en las manos una herramienta y un libro. Subercaseaux, libros, libros, libros y una terrible interrogación que lo desveló, sin tregua, ¿qué es el Hombre?

En ambos escritores, el mar trabajó su ternura. Para Rojas la pasión ardía al fondo de la noche porteña, se meció en sus lanchas. Para Subercaseaux, la vida era una ola, porque todo en él vibraba hacia el océano padre se tendía en largo mar chileno, de marea en marea, interrogándolo desde los años hizarros de Lord Jim, a los densos y maestros de "Tierra de Océano".

Para ambos escritores, Chile no fue una palabra: fue un mandato de amor. Rojas bajó desde los nudos andinos y buscó el jugo de las raíces patrias para narrarlo. Subercaseaux se hundió en el mar y allí se sazonó de verdad chilena, porque el mar es, queríanlo o no los emponchados, la verdadera sangre de Chile.

Manuel y Benjamín eran varones de altura, como si lo que ocultaban dentro de sí necesitase extensión de huesos para madurar, armoniosamente.

Manuel parecía un mapa de Chile, un mapa de escuela pública. Benjamín, uno de facultad mayor.

Cuando Manuel o Benjamín llegaban a nuestra casa antofagastina, hallaban sus retratos en medio de otros rostros admirados. Sonreían, sin vanidad. Comprendían que eran la noble compañía del compañero provinciano.

A Manuel le agradaba pasear Antofagasta por los vercuetos del puerto. Benjamín se solazaba en Club de Yates. ¡El mar no les soltaba ni un pelo del alma!

Manuel murió en "su" Santiago, presintiendo, más que viendo, que delante suyo fulgía un algo de la nieve. Benjamín, lejos, en tierra hermana, perseguido por la nostalgia que más le dolía en la vida, aunque lo disimulara con su genio y su hidalguía: la nostalgia del afecto humano, puro y generoso.

¡Qué árbol andariego fue Manuel! ¡Qué alto caballero de la amistad, el lúcido "Mincho"!

Recordamos la última vez que con Rojas recorrimos la bahía de Antofagasta, dueños del Coloso: Manuel observaba el agua, como si buscara un último indicio del Simbad. Con Benjamín y Manuel Eduardo Hübner disfrutamos hermosos veranos en la Universidad "Santa María". ¡Oh, placer de escucharlos en la diaria y renovada contienda de amenidad y sapiencia que nos ofrecían! Manuel y Benjamín van, ahora, rumbo, cada uno, a su posteridad.

ANDRES SABELLA



FUE UNINCANSABLE: viajero su espíritu vaga donde lo llevó hacia todas las latitudes

# MARGA ANTE VIVIDA

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

## Creación Manuel Rojas

su talento de escritor. Sus páginas encierran su propio mundo material y afectivo que supo vaciar en personajes inolvidables que recreo con delirio o amargura. "Hijo de Ladrón" es un libro tatuado a fuego en la historia de las grandes obras de la literatura americana.

### SUS OBRAS Y SU PENSAMIENTO

Dejo a otros compañeros la reseña y comentario de su obra que tiene grandes alturas como "Hijo de Ladrón" y "Mejor que el Vicio" y un atado de cuentos que, sólo con ellos, si no hubiera escrito más, tendría su consagración en las letras. Tenemos espléndidos estudios sobre Manuel Rojas de Mario Ferrero, el escritor y hábil ensayista, y de Hernán del Solar en su "Estudio y Antología de los Premios Nacionales", publicado por Zig Zag.

Cuando lo visité a raíz del Premio Nacional, su casa se llenó de alumnos de liceos. Me contó, asombrado que la mayoría de ellos, de sexto año de Humanidades, le decían: "Queremos datos de su vida, para hacer un trabajo solicitado por su profesor". "Si ustedes son del último año de humanidades y han leído mi obra, en ellas está, casi en totalidad", les respondió. Y ellos confesaron ingenuamente: "No hemos leído nada". Era el año 1957.

"Mi primer cuento no fue publicado... me dijo... En una velada memorable entre un grupo de obreros anarquistas que sonábamos en arreglar al mundo, leí un cuento en que aparecía la palabra agujero. Tuve la rápida intuición de que no era así la palabra y opté por escribirla tal cual la oía... agujero. Así la leí sin el menor reparo de ninguno. Mi primera publicación también fue un error pero de otra índole. Era un artículo pretencioso que se titulaba "¿Qué es el Arte? En él sostenía la teoría del arte por el arte. Opinión totalmente reñida con mis ideales, mi vida y mis amistades anarquistas. Esa publicación me valió que me persiguiera un fanático español que se enfureció conmigo".

### LUCHAS Y PERSECUCIONES

"Nos reuníamos en el Café "Los Inmortales" que estaba en la Avenida Matte. Nos encontrábamos, generalmente, intelectuales, artistas, anarquistas y sonadores. Toda una bohemia optimista que nos agrupábamos frente a una taza de café a soñar y plantear lo que sentíamos realidades. Los más asiduos eran Evaristo Molina, Acevedo Hernández, González Vera, Gómez Rojas, Juan Tenorio y Claudio de Alas".

En su escritorio repleto de libros no había más retratos que los de sus hijos y uno de González Vera, en el que se acentuaba su expresión ascética. Comentó que algunos, erradamente, hermanaban su estilo con el de González Vera. "No creo que

el artista más peguero influyera en él, sino otro. Creo sí que el afecto grande que él me dedicó, precisamente, por la igualdad de vida y de espíritu".

Ahora, al recordar, anhelo sentir la misma mirada que esa carrera sobre los hombros y acontecimientos. Observaban la vida con la misma imperturbable actitud frente a los sucesos y acontecimientos que la mayoría, albiran.

Manuel Rojas, de hablar pausado, de largos silencios, de sentimientos que a veces hacia una solitaria intimidad era ajeno a toda alabanza o figuración social. Por ello a veces lo creían orgulloso. Al tratarlo íntimamente sentíamos que no estaba amurallado en la vanidad, sino que era un hombre que vivía en la corriente de una vida amarga y gozosamente vivida.

Supi por él que la mayor parte de "Hijo de Ladrón" es autobiográfica. La creación intelectual maestra y amalgama las desventuras de Aniceto — el hijo del ladrón... con los días del inquieto tratamundos que fue el escritor. Para él, la vida, el tiempo y el hambre no fueron trabas para seguir vagando, husmeando consciente, y a veces sin imaginado, en el rico material que encadenó a sus vivencias y que luego vació en sus obras.

"Hice poesías muy finales. Gómez Rojas me incitó a ello. Por cierto que a todos los daba el mismo consejo."

### SU PENSAMIENTO NO SE ALTERA CON LOS AÑOS

No creía que el escritor podría influir en la formación de un nuevo concepto de humanidad en el que se prescindiera de la acción bélica. Pensaba que esa no era la tarea del escritor, y que sólo unos pocos, tal vez, según la dirección de su obra, lo granjen algo en ese sentido. Manifestaba que habla tanta amargura y resentimiento en algunos que, por eso, jamás obtendrían nada con su plerajuga.

"Han terminado sus andanzas o es cierta esta inquietud que me parece advertir, ahora, en sus días?"

Un brillo extraño asomó a sus ojos que desafieron la aparente ingenuidad de mi pregunta. "¿Qué llama Ud. quietud? Calle un largo rato. Su silencio es la mejor respuesta: es el mismo de siempre. Los años no lo enredan en su paso lento.

Al hablar de sus libros me decía que La Ciudad de los Césares era su vergüenza. Lo encontraba muy malo, pese a que en Estados Unidos fue adoptado en una Universidad para la enseñanza del español.

Cuando comentaba los diferentes oficios que ejerció en su vida (pintar de brocha gorda, peón caminero, albañil, linotipista etc); decía que no lo amargaron, pese al sacrificio de alguno de ellos. Regresé a Chile en forma definitiva a los dieciséis

(Pasa a la página 10)

# DOS GIGANTES DE LAS LETRAS

Por REINALDO LOMBOY

## UNA VIDA...

Viene de la página 9

años. Trabajaba lo indispensable para comer y dejarse horas, para ir a la Biblioteca Nacional a devorar libros. Salía de allí mareado de sueños, de proyectos, de cansancio y de hambre. Pero, feliz.

En 1969 ganó la Beca "Embajada de Israel". Visitó ese país y a su regreso publicó en Buenos Aires su libro "VIAJE AL PAÍS DE LOS PROFETAS", libro en que no hace literatura, sino que relata lo que vio y sintió.

### EL ESCRITOR Y EL MAESTRO

Hace cuatro años dirigí un Taller de Novela de la "Fundación Alberto Heinenmans", en Zig Zag. Fuimos un pequeño grupo de escritores que trabajamos bajo su vigilancia y crítica. Quedamos hasta el final del curso Alejandro Isla, escritor y ensayista de gran talento, ajeno a grupos, amigo de publicar sus cosas y discípulo favorito de Rojas; Fernando Jerez, que ya ha publicado con éxito cuentos y el año pasado "Déjame tener miedo", que fue acogido elogiosamente por la crítica; Gabriela Lezaola, que trabajó su novela "Coser Hórn", que publicó, también, con éxito; Esther Matte, que tuvo que retirarse por sus obligaciones en la Dirección de la Casa de la Cultura de Nuñoa; Juan Donoso, trabajó una buena novela que no termina; dos compañeros más que se volvieron, y yo, que sigo caminando en la vida, cuando el tiempo de mí "Tiempo sin tiempo" me da alguna soltura o vida.

Vivimos días de compañerismo y conocimos bien a Manuel Rojas. Algunas veces, ante nuestra sorpresa y placer, nos leía trozos (con sorprendente modestia) de su novela que publicó hace poco Lastada, "La Oscura Vida Radiante". Como cualquiera de nosotros, se sometía a los juicios que nos solicitaba y que nos atrevíamos formular. Con toda benevolencia escuchaba.

Así que era como presenciar la batalla de "David y Goliath". Así era Manuel Rojas.

Nos contó, en esos días, con el rostro iluminado por esa sonrisa que no era frecuente en él, que había viajado a provincias a dar una charla en liceos. En uno de ellos se refirió a "Hijo de Ladrón", porque comprobó, en todas partes, que era la obra que la mayoría había leído y la bombardeaban a preguntas.

Al final, uno de los alumnos le dijo: "¿Sabe, señor? Aquí tenemos un compañero que se llama Manuel Rojas". En el acto se levantó un muchacho que, con aparente timidez en los modales, pero con fuerza en la voz, le dijo con molestia: "Sí, pero yo no soy hijo de ladrón". Era un niño de doce años.

### NO LE PEDÍA MAS A LA VIDA

Si volviera a nacer — le dice un día — ¿le agradecería repetir la misma vida con iguales limitaciones económicas o, bien, nacer en un hogar adinerado, con libros a destajo y ambiente fácil para su vocación de escritor?

La respuesta fue tajante: "No. No. La misma vida, siempre la misma. Otra no me habría permitido ser lo que soy".

Cuando lo conocí me intimidó su sequedad en la palabra, su aspecto de gigante moreno, su apariencia severa, sus palabras desprovistas de cortesías usuales. Después, todo cambió. Emanaba de él una reciedumbre espiritual de tan profunda dirección, tan ajena a vanidades que, mentalmente trataba de situarlo en los más diversos, paqueños o altos cargos de la vida y, presentía que en todos mostrarle siempre la misma apasura y dignificaría cualquier oficio, aún los más opuestos a su condición de escritor.

Cuando me mostró las hermosas ediciones de sus libros que tenía traducidas al alemán, italiano, inglés, ruso, etc., ediciones primorosas (una de ellas de "Hijo de Ladrón", traducida en Estados Unidos y que conservaba la portada de la Edición chilena de Nascimento, realizada por Mauricio Amster) el fotógrafo Baltazar Robles que me acompañaba, quiso enfocarnos. Yo, con algo de timidez, ya vencida por su cordialidad, me atreví a decirle: "Quiero que el gigante sonría a mi lado". Así fue. Ahí está ese hermoso recuerdo. A mi lado Manuel Rojas, al fondo las hermosas ediciones extranjeras de sus libros que se han multiplicado en muchos países europeos y latinoamericanos. Ojalá estas primicias sean entregadas por sus familiares a la Biblioteca Nacional y así, todas las que no llegaron a vislumbrar el inmenso renombre de este escritor chileno, conozcan su realidad y admiren más su manera de vivir y actuar casi arrancando de la gente y de los homenajes.

**EL VIVIR PARA AMBOS.** Manuel Rojas y Benjamin Subercaseaux, era solamente un disturbir en cabalidad, un existir transitorio hacia un más allá determinante de perennidad.

Vida, más y más vida no la quería Manuel. Ella estaba ya en él, estupefacta, cardinal. La tenía dominada y para vencerla jugó sus mejores medios y métodos, los del ser que lucha contra dos obstáculos que les opone fuerzas y fortalezas físicas y espirituales y vence y domina e impera por encima de todo cuanto pudiera ser oposición. Manuel Rojas es eso, predominio y categórica expresión del vivir dominante hasta irradiar como ente singular, extraterrestre, en una obra que impone su categoría trascendente en el ámbito de las letras hispanoamericanas. Exploró su potencia creadora en la órbita universal, pues sus creaciones literarias se han difundido por el mundo todo y su cuento "El vaso de leche" destalla como joya de las letras en el universo todo.

Lo estoy viendo a mi lado. Giganton forjado en musculación trascendente por su trabajo físico, en él predominaba una emocionada, humanísima ternura. Así lo veo, junto a mí, trabajando lado a lado, siempre cordial y siempre categóricamente afable. La muerte no es de él. Ha nacido a una nueva vida que es la que nosotros, sus amigos, vamos muy pronto a seguir.

Vitalidad cardinal es la de su obra, fortalecida en la experiencia de toda una vida en pugna con la adversidad. Se dice que en Manuel Rojas hay algo de Gorki. No, es él hay algo, hay mucho de Manuel Rojas. El es el más del igual a los



UC  
Centro de Estudios de Literatura Chilena

## Sucesión Manuel Rojas

# ESCRITOR DE RAZA

Por HECTOR CABELLO

CON LA HUMILDAD que transparentan todas sus obras, desde sus simples notas periodísticas hasta sus novelas mayores, Manuel Rojas afirmó en cierta ocasión que el "escritor de raza" es natural y fisiológicamente escritor y que lo es sin ninguna preparación, salvo aquella elemental. No se refería a sí mismo, a pesar de que la definición le calzaba sin esfuerzo. Hablaba de otro gigante tramundado, admirado por él, con el cual se le ha comparado a veces: a pesar de la distancia geográfica, antipoda y de la diferencia de tiempo y circunstancias, Gorki, también escritor de clase. Ambos fraguados a la intemperie, el uno en el frío ruso pre y post revolucionario, el otro luchando ya en la primera adolescencia por regresar a la tierra de sus padres, en una épopoica proletaria que se iniciaría en las cumbres andinas, como obrero de ferrocarril y que terminaría, paradójicamente, por llevarlo a la cuspide de las letras continentales.

Si Manuel Rojas no pudiera ser considerado "escritor de raza" nos preguntamos quién tendría entonces el derecho a ostentar tal título con mayor propiedad que este incansable vagabundo nacido en el barrio Boedo de Buenos Aires. Nació en la otra banda de los Andes sólo por accidente, pues su sangre, su pasado y su futuro estaban enraizados aquí y sólo en esta tierra, aquende de la cordillera su caudal creador abría ancho e imperecedero surco. En el transcurso del periplo proletario que fue su vida, acuciado frecuentemente por el hambre y la intemperie, debió desempeñar los más diversos oficios, todavía lejos del prestigio literario que le depararía su genio. Pero, lejos de doblegar su férreo espíritu, las privaciones sólo consiguieron darle mayor fuerza y seguridad para alcanzar la meta.

Anónimo en la plúridad poética de "Los Diez" pronto con sus "Hombres del Sur" comenzó a destacar como "uno" avanzando desde allí en adelante en la senda de la creación con el peso ponderado de los que "caminan y no de los que bailan", según palabras de Paul Valéry, que él mismo cita. La poesía con su diluida alquimia de posibilidades, cual Circe, le sedujo sólo por un tiempo al de la impetuosa adolescencia. Para quien conservaba en lo profundo claramente las huellas y las marcas dejadas por una realidad rica en experiencia humana de toda laya, el quehacer más pedestre del novelista ofreció el marco adecuado para volcar tantas vivencias y personajes. Con autenticidad,

die, émulo de nadie sino el escritor de una vida que era la suya y nada más.

Siendo de la misma generación creadora, Manuel Rojas tiene con su aistore Benjamin Subercaseaux una afinidad en disimilitud. Ambos seres humanos grandotes, físicamente imponentes, y ambos seres de sensibilidad extrema, solamente que el uno, Manuel, era potente, reciamente expresor del alma humana en lo más humilde del pueblo, y el otro, sensorialmente super imaginista de un Chile que para él tenía configuraciones animicas y las expresaba poética y emocionadamente, considerando al Chile ecológico como loco en su estructuración geográfica.

Quienquiera, desde afuera, saber cómo es nuestro país, en lo geológico, biológico, humano, tendrá que recurrir al "Chile o una loca geografía" de Benjamin Subercaseaux, obra que no solamente presenta un Chile geográfico sino también animico. Pocos como Benjamin Subercaseaux han conocido tan bien y han amado tanto a este país como hijo superado que desde lejanas tierras deseó acercarse a su patria y accedió a ser cónsul permanente en Tacna, para recibir las eclosiones de chilenidad que muy próximas le llegaban y cuyas vibraciones siguió siempre captando y expresando en obra tras obra.

Ahora ambos, Manuel Rojas y Benjamin Subercaseaux, hijos de una misma generación, han partido como del brazo hacia un más allá de eternidad, sobreviviendo en la patria que a los dos aprecia en su justo valer, habiendo recibido de ambos la cabal configuración.



utilizando para esto la técnica más moderna de la novela actual, como muestran sus obras más elaboradas. "Hijo de Ladrón", es un ejemplo perfecto de lo que debe ser una novela cuyos personajes escapen a la ley del "localismo" tan común a la mayoría de nuestros escritores, para alcanzar vigencia en cualquier parte del mundo. Con menor énfasis puede afirmarse lo mismo de la segunda y tercera parte de la trilogía, "Mejor que el Vino" y "Sombras en el Muro".

La mayoría de los personajes tratados por Manuel Rojas no son o eran, sería más justo decir, nada de nuevos en nuestra literatura. El lo sabía perfectamente, tanto que en una de sus quejas sobre la excesiva saturación del lector chileno con rotos y huasos, se enumera él mismo como un continuador más de este raquitismo creativo de nuestros literatos. Pero, su juicio, su autovaleuración literaria resulta a todas luces demasiado modesto, porque las criaturas que él hace desfilar por sus páginas empujadas, naturalmente, por el protagonista de su trilogía Amelito Hevia, tienen una dimensión y una resonancia nueva para nuestras letras. Logra superar la barrera de la penetración psicológica, intranqueable para muchos de nuestros novelistas y cuentistas, al mismo tiempo que impone la realidad del mundo por él vivido, con fuerza y originalidad. Quizá haya tenido, amén del genio, que varios de sus contemporáneos también tenían, otras dos virtudes capaces de augurarle un puesto veñero en la novelística chilena y continental, la riqueza de sus experiencias fruto de su vagabundaje, y por sobre todo, su incansable afán por adquirir nuevos instrumentos culturales e intelectuales. Con este bagaje compacto, se remontó desde peon de ferrocarriles en la cordillera, hasta presidente de la Sociedad de Escritores décadas más tarde. Esta sed y esta capacidad, de "saber" lo devoraron también a ocupar el cargo de director de los Anales de la Universidad de Chile, así como a cumplir funciones docentes en universidades chilenas y extranjeras.

A pesar de todos estos contrastes existenciales, de esta vida aventurera, el suyo fue un carácter resuelto, profundo, parco en palabras y de "tempo lento" como alguien dijo a propósito de sus obras. El ruido y el abigarramiento de la vida cotidiana jamás le asustaron, pero tampoco le impulsaron a participar demasiado, sino en forma de creador.

# "NO HAY FUEGO QUE PUEDA CONTRA SU VIRTUD INMENSA"

EN EL CEMENTERIO General, donde fueron cremados los restos de ese "hombre de pueblo, nacido en cuna de madera y no de oro, que trabajó el riquísimo hilón de su autobiografía", el Presidente de la República, los escritores, los amigos expresaron a

los periodistas sus más hondos sentimientos de pesar. Todos coincidieron en que Chile ha perdido a uno de sus más altos valores, y las letras de habla española a un escritor que dejó una obra cuya trascendencia perdurará a través de los tiempos.

Revista Dominical de La Nación reproduce esas palabras y que, en cierto modo, contradicen la voluntad del autor de "Hijo de Ladrón", quien pidió que su cuerpo fuera reducido a cenizas y nada más

**SALVADOR ALLENDE:** "Chile, el pueblo, pierde a uno de sus más grandes escritores y, además, a un hombre extraordinariamente consecuente con sus ideas y sus principios. Novelista de prestigio internacional, supo destacar la vida del pueblo. Nos dio la gran lección de su propia existencia, hecha a golpe de esfuerzo, lo que narra, lo vivió y vivió siempre junto a las humildes. Su pérdida es un hondo pesar, porque todos los chilenos perdemos a uno de los más grandes valores intelectuales y a un gran valor moral. Y yo, a un extraño amigo."



**VOLODIA TEITELBOIM:** "Manuel Rojas no quiso discursos en su sepelio. De todas maneras lo hemos dejado junto al fuego que va a reducir su cuerpo a cenizas. Pero tal vez ahora nosotros nos acordamos al derecho de dar una opinión. Fue el más grande novelista chileno de los últimos años: de las últimas décadas."

Lo conocí desde los tiempos en que trabajó en la Universidad de Chile, como encargado de la Imprenta Universitaria. Yo era estudiante en ese tiempo en la Escuela de Leyes. Caminábamos por los mismos corredores. Lo vi siempre caminar con su paso lento, un tanto desgarbado, como corresponde a un hombre físicamente gigantesco y demasiado alto. Sólo conversar con él en su oficina, en donde oficiaba también de corrector de pruebas de los libros que publicaba Editorial Universitaria. Fue un hombre quitado de buda, lejano de toda trifulca, enemigo de toda ostentación, de los discursos. En esto se parecía extraordinariamente a un amigo: suyo de toda la vida que lo precedió unos pocos años en el camino hacia la muerte. González Vera. Pero González Vera era un ser dulce, extremadamente suave, coloquial, lleno de la más honda cordialidad humana. Manuel Rojas fue un ser de corteza dura, adusto de apariencia, riguroso consigo mismo y con los demás, amante terco de la verdad desnuda aunque ésta fuera dura para algún interlocutor suyo, incluso para sí mismo. Fue un anarquista en su juventud, que permaneció siempre solitario, independiente, ajeno a etiquetas partidistas, pero invariablemente se sintió un hombre de pueblo, porque así de origen obrero. Su cuna fue una cuna de madera y no de oro. Trabajó el riquísimo hilón de su autobiografía, donde desarrolló con eficacia, los cien oficios del pobre, del trabajador, del hombre que no tiene una profesión definida. Fue zapatero, remendón, pintor de brocha gorda, jornalero, constructor de caminos, linotipista y hombre que finalmente, se convirtió en el más grande novelista de los últimos años. Veo en él un gran crecimiento literario también que desde sus primeras obras, revela al talento literario, pero el talento en agraz. Considero que llega a su madurez especialmente en "Hijo de Ladrón" y "Mejor que el Vino", que son sus dos cumbres novelescas. Lo interesante es que siempre se nutrió de sí mismo, o sea de la percepción vital de su aventura, de su vida, de sus sensaciones, de sus amores, de sus desamores, de las tremendas pruebas por las que pesa un hombre como él, como todos los hombres, pero más él, porque fue un hombre muy amante de la verdad. No anduvo nunca con diplomacia ni con circunloquios, sino que fue derecho al grano y dijo siempre lo que pensaba por encima de todo cálculo. Por lo tanto, si bien lo hemos venido a dejar aquí, por disposición expresa suya será entregado a las llamas y, por lo tanto, dentro de poco el cuerpo de Manuel Rojas, ese cuerpo tan alto, tan grandote, será un montón de cenizas. Yo creo, sin embargo, que su obra literaria es imperecedera y no hay fuego que pueda contra la virtud inmensa del estilista, del creador de "Hijo de Ladrón", de "Mejor que el Vino" y de tantas otras creaciones poéticas, novelescas y ensayísticas. Lo enterramos hoy día, pero mañana y pasado mañana y siempre seguirá siendo una columna indispensable en la literatura chilena."

lo conocí desde los tiempos en que trabajó en la Universidad de Chile, como encargado de la Imprenta Universitaria. Yo era estudiante en ese tiempo en la Escuela de Leyes. Caminábamos por los mismos corredores. Lo vi siempre caminar con su paso lento, un tanto desgarbado, como corresponde a un hombre físicamente gigantesco y demasiado alto. Sólo conversar con él en su oficina, en donde oficiaba también de corrector de pruebas de los libros que publicaba Editorial Universitaria. Fue un hombre quitado de buda, lejano de toda trifulca, enemigo de toda ostentación, de los discursos. En esto se parecía extraordinariamente a un amigo: suyo de toda la vida que lo precedió unos pocos años en el camino hacia la muerte. González Vera. Pero González Vera era un ser dulce, extremadamente suave, coloquial, lleno de la más honda cordialidad humana. Manuel Rojas fue un ser de corteza dura, adusto de apariencia, riguroso consigo mismo y con los demás, amante terco de la verdad desnuda aunque ésta fuera dura para algún interlocutor suyo, incluso para sí mismo. Fue un anarquista en su juventud, que permaneció siempre solitario, independiente, ajeno a etiquetas partidistas, pero invariablemente se sintió un hombre de pueblo, porque así de origen obrero. Su cuna fue una cuna de madera y no de oro. Trabajó el riquísimo hilón de su autobiografía, donde desarrolló con eficacia, los cien oficios del pobre, del trabajador, del hombre que no tiene una profesión definida. Fue zapatero, remendón, pintor de brocha gorda, jornalero, constructor de caminos, linotipista y hombre que finalmente, se convirtió en el más grande novelista de los últimos años. Veo en él un gran crecimiento literario también que desde sus primeras obras, revela al talento literario, pero el talento en agraz. Considero que llega a su madurez especialmente en "Hijo de Ladrón" y "Mejor que el Vino", que son sus dos cumbres novelescas. Lo interesante es que siempre se nutrió de sí mismo, o sea de la percepción vital de su aventura, de su vida, de sus sensaciones, de sus amores, de sus desamores, de las tremendas pruebas por las que pesa un hombre como él, como todos los hombres, pero más él, porque fue un hombre muy amante de la verdad. No anduvo nunca con diplomacia ni con circunloquios, sino que fue derecho al grano y dijo siempre lo que pensaba por encima de todo cálculo. Por lo tanto, si bien lo hemos venido a dejar aquí, por disposición expresa suya será entregado a las llamas y, por lo tanto, dentro de poco el cuerpo de Manuel Rojas, ese cuerpo tan alto, tan grandote, será un montón de cenizas. Yo creo, sin embargo, que su obra literaria es imperecedera y no hay fuego que pueda contra la virtud inmensa del estilista, del creador de "Hijo de Ladrón", de "Mejor que el Vino" y de tantas otras creaciones poéticas, novelescas y ensayísticas. Lo enterramos hoy día, pero mañana y pasado mañana y siempre seguirá siendo una columna indispensable en la literatura chilena."

**MARIO FERRERO:** "Director de Cultura del Ministerio de Educación. Pocas obras más consecuentes con una ideología, una forma de vida y una permanente adhesión a la causa popular que la de Manuel Rojas. Provenía del pueblo, de franca extracción obrera. Y estos fueron los personajes preferenciales de su vida y de su obra, la que adquirió por ella poderosos contornos realistas y constituyó un friso impresionante de personajes vitales, en su totalidad trabajadores, con quienes edificó en las más diversas labores: arrieros cordilleranos, estibadores de los puertos, vendedores magallánicos, contrabandistas de animales, obreros ferroviarios. Todos ellos - están sintetizados en un personaje protagonista. Aniceto Hevia, el eje de composición de sus novelas "Hijo de Ladrón", "Mejor que el vino", "Sombra contra el mar" y "Punta de velas". Fue sin duda, el primer novelista chileno de este siglo y un ejemplo de laboriosidad, razón profesional y honestidad moral a sus principios."



**CARLOS DRUGUETT:** "Yo preferiría haber hablado cuando estaba aquí el compañero Allende ¿Sabe por qué? Porque la muerte de Manuel Rojas demuestra, una vez más, el poquísimo interés que hay en la Administración Pública, incluso en el Ministerio de Educación, en los políticos y en los estadistas que están haciendo el deseno de este país, por el escritor y del artista en general. Manuel Rojas ha muerto después de una corta o larga enfermedad sin haber percibido un peso de la jubilación como Premio Nacional de Literatura. Fue vergonzoso que, mientras estaba gravemente enfermo, la familia tuviera que preocuparse de conseguir antecedentes como certificado de nacimiento, certificado de que era chileno, certificado de que había obtenido el Premio Nacional de Literatura, y en esas tramitaciones le vino la muerte."



**JUVENCIO OVALLE:** "Manuel Rojas, es una de esas vocaciones literarias muy escasas en que por su nacimiento pudo haber sido cualquiera otra cosa, pero nunca un escritor, porque nunca tuvo las facilidades que generalmente tienen siquiera las gentes de la clase media. Fue del más bajo pueblo, tanto que trabajó como peón, trabajó en la cordillera, en el trasandino, hizo los faenas más difíciles. Desde ahí se levantó para convertirse en el novelista más importante de Chile. Toda su vida está en sus novelas que son siempre autobiográficas."

**FERNANDO LAMBERG:** "La personalidad de Manuel Rojas en tenacidad, en perseverancia y en talento. Cuando un país necesita ejemplos de heroísmo, de vigor, de autosuperación, indudablemente Manuel Rojas es un guía para la juventud, tanto en su aspecto vital como en su aspecto artístico. Las obras que él escribió reflejan un profundo conocimiento humano, una tenacidad, una generosidad, un alto sentido moral. En esto aspecto, creo que, con la desaparición de Manuel Rojas, se pierde uno de los valores más importantes de la novelística nacional."

**REINALDO LOMBOY:** "Cuando fui Director de Zig-Zag lo tenía como colaborador. Para mí era un ser de extraordinarias condiciones humanas y, además, condiciones intelectuales. El tuvo una vida tan dura, tan agitada y las experiencias recogidas las expresó magistralmente en sus obras."

**LUIS MERINO REYES:** "A Manuel Rojas lo seguí de muy cerca, como un admirador de su obra más que como un amigo íntimo suyo. Este hombre es un tipo de vocación, un tipo de vocación creadora artística incontestable, porque viendo de un hacer muy pobre, empezando por los oficios más duros, fue nada más que escritor y no renunció nunca a su condición de escritor. Jamás tuvo un alto cargo, de ninguna especie. Viajó, vivió, se involucró en trabajos que probablemente no eran de su especialidad, como el ensayo literario, porque era un novelista, un gran novelista y sus obras "Mejor que el vino", "Hijo de Ladrón", junto con dos obras más, son básicas en la literatura hispanoamericana. Este comienzo tan duro no lo olvidó nunca Manuel Rojas y dejó una joya de la literatura de nuestra lengua, un cuento que se llama "El Vaso de Leche"."

Ahora hemos venido a su funeral, claro, con la credulidad de que su obra literaria se acrecentara todavía y perdurará por mucho tiempo en la literatura hispanoamericana."

**MARCOS BONTA:** "Para mí es un tremendo impacto que no lo esperaba. Siempre tuve la impresión de que Manuel era un hombre de una gran vitalidad. Para mí es un gran dolor personal, porque me unió una amistad muy simpática. Incluso tengo opiniones de él, de ciertas variedades de mi parte, que una vez lo fui a consultar, porque quise escribir. Y con esa franqueza tan humana y tan macanuda, me dijo "Marcos, dedícate a pensar". Lo recuerdo yo como una acción humana, de amigo, inseparable. La lamentó mucho. Ahora, imagínese, veo que todos mis compañeros con que conviví casi toda una vida, estamos aquí en espera del turno. Que más puedo decir que enterrar a un amigo con discursos lo encuentro hasta irreverente. En este caso creo que la emoción es más fuerte."

**ERNESTO ESLAVA:** "Seguramente, Manuel Rojas dejó una etapa definida en la literatura nacional. Él supo penetrar en el medio ambiente chileno en forma maestra. Yo creo que si se lo considera entre los grandes escritores de hoy, desaparecidos, sea el mayor. Fuera de eso, su honradez manifiesta, tanto humana como literaria, lo hizo ser un verdadero guía de la literatura nacional nuestra, cuyas promociones nuevas lo miraron siempre como uno de los pedestales de nuestra letras."

**FRANCISCO SANTANA:** "Para mí Manuel Rojas es uno de los grandes escritores. Esto mismo es reconocido por la mayoría de los críticos, y, además, por los mismos escritores próximos, que reconocen en él, su labor literaria desde su primer libro hasta "Hijo de Ladrón", que culmina su trayectoria de gran novelista. Sus obras tienen un contenido fundamentalmente dedicado a la clase proletaria. Es un motivo por el cual consideramos que también el aporte su apoyo a la Revolución Chilena con la cual separamos a conseguir la construcción del socialismo en Chile. Tuvo una doble actividad como escritor. Fue ensayista. Publicó libros de ese género como "Literatura Chilena", "La revolución y la poesía en Chile" que tienen una especial importancia para nosotros los escritores, tanto en la que nos han dejado en la novela y el cuento como en la poesía. Debemos tener un criterio amplio para juzgarlo. Doble motivo de importancia, por el apoyo que le dio a la clase obrera."



**JOSÉ LAJO:** "Casi todos los días me acordaba de él cuando estaba en la Universidad de Chile, en la misma institución, de la misma actividad. Él era el jefe o Director, que se yo, de las prensas de la Universidad de Chile, y yo, como me toca fundar un Museo, allí también, en la Universidad de Chile teníamos un trato común dentro de la administración universitaria. Así es que lo conozco desde hace muchos años. Lo conocí a través de vinculaciones que él también tenía por otras personas. Cito el caso de Neruda. Fue él quien me llevó un día a conocerlo. Él iba a leer un cuento de lo que había escrito, no porque necesitara juicios, de Filiano y Zutano, sino como quien dice por una coordinación de personas de la misma época. Debe de haber sido el año 24. Todos éramos jóvenes, casi unos niños. Algunos teníamos 20 años. Y él ya alguna edad. Fue un anarquista. Todos éramos medios anarquistas de alguna manera, anarquistas en el sentido de tener independencia política y filosófica, que era una de las bases de los anarquistas de la época. Habla para hablar tanto sobre esto. Son períodos de transcurso con respecto al desarrollo cultural y social de Chile."

**JULIO SILVA LAZO:** "Yo pienso que Manuel Rojas representaba la vitalidad de la raza y la fuerza de la tierra, tanto en su obra literaria como en su vida. Porque es admirable como este hombre que, de simple obrero de la construcción, del camino, de los ferrocarriles, llegara a hacerse un escritor tan notabilísimo de una trascendencia se podría decir universal. Nosotros siempre tenemos el propósito de realizar los valores extranjeros, los novelistas de moda. En cambio, Manuel Rojas está situado entre los más grandes novelistas de América y no se le ha dado la importancia en estos últimos tiempos como en un comienzo se le dio. Su obra literaria ha culminado con novelas tan ricas como "Mejor que el vino" e "Hijo de Ladrón". Creo que su vida y su obra literaria servirán de ejemplo a los escritores y al pueblo chileno. Manuel Rojas, en mi concepto, no ha muerto ni morirá, porque quedan sus personajes, esos personajes en que el escritor pone tanto de sí mismo esa cosa intransferible que es la imagen que el escritor crea. Ahí están todos esos personajes de Manuel Rojas, empezando por ese relato, por ejemplo, sobre el ferrocarril trasandino, donde describe un hombre tan interesante como "Laguna". ¿Qué más chileno que ese Laguna? Entonces, pienso que la presencia del Presidente de la República en este acto, en la cremación de sus restos, es el mejor premio que se le pueda haber dado al escritor."

